

RECIBIDO: 29-09-2017

ACEPTADO: 04-12-2017

DEL FIN DE LAS CERTIDUMBRES A LA POSIBILIDAD DE LA TRAMA

FROM THE END OF THE CERTAINTIES TO THE POSSIBILITY OF THE PLOT

VANESSA A. MÁRQUEZ V.

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES DEPARTAMENTO DE MEDICIÓN Y EVALUACIÓN

FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN

VANESSA.MARQUEZVARGAS@GMAIL.COM

MÉRIDA - VENEZUELA

RESUMEN: La presente comunicación es una reflexión sobre la intersección de los discursos de las ciencias llamadas puras y los discursos culturales en el marco de las ciencias sociales, con énfasis en la intencionalidad de los textos *El fin de las certidumbres* de Ilya Prigogine y *La trama de la vida* de Fritjof Capra, por librar para el lector un juego dinámico de doble significación entre las ciencias que dan cuenta del caos creador, la indeterminación y la dinámica propia de la cultura, procurando una crisis en la percepción de los paradigmas en los que históricamente se ha enmarcado a las ciencias. En este sentido, el discurso de la física y el discurso de la cultura exigen un ejercicio de elucidación, de transformación profunda sobre el pensamiento especulativo y la razón explicativa que conduce una interpretación amplia en el horizonte de expectativas de las ciencias en su conjunto.

PALABRAS CLAVE: interacción, paradigma, fin, certidumbre, trama.

ABSTRACT: The present communication is a reflection on the intersection of the discourses of the so-called pure sciences and the cultural discourses within the framework of the social sciences, with emphasis on the intentionality of the texts *El fin de las certidumbres* of Ilya Prigogine and *La trama de la vida* of Fritjof Capra, to free the reader a dynamic game of double meaning between the sciences that account for the creative chaos, the indetermination and the dynamics of the culture, seeking a crisis in the perception of the paradigms in which historically has framed the sciences. In this sense, the discourse of physics and the discourse of culture demand an exercise of elucidation, of profound transformation on speculative thinking and explanatory reason that leads to a broad interpretation in the horizon of expectations of the sciences as a whole.

KEYWORDS: : interaction, paradigm, end, certainty, plot.

Del fin de las certidumbres a la posibilidad de la trama

*“La materia en equilibrio es ciega;
En situaciones de no equilibrio
comienza a ver...”*

Ilya Prigogine. El fin de las certidumbres

El esfuerzo por comprender, por alcanzar la razón o la “verdad” de las cosas ha permitido el reconocimiento de la diversidad de criterios, conjeturas, argumentaciones y posturas ante la realidad sobre la que se fijan los basamentos de la ciencia moderna.

Ciencia como suma de instrumentos y métodos, cuya utilización genera nuevos conocimientos, dada la posibilidad de verificación, consistente en la observación de los procesos de la naturaleza y la utilización de recursos humanos y tecnológicos para el ejercicio de la voluntad de poder que cada época requiere, de acuerdo a las necesidades de control y dominio, dado el valor de la inteligencia y la pertinencia de la autoridad como ejercicio necesario en la dinámica social.

Por tanto, ha sido necesario mirar desde el presente en el que, como apunta Gadamer (2003), “La Ilustración histórica ha plegado ya la totalidad de sus posibilidades” (p.228) y asumir con ello un estado de conciencia sobre la transformación permanente, por demás necesaria, no solo de las estructuras dogmáticas del pensamiento científico, respaldado por las Academias y Universidades, sino un cambio de esencia en las profundidades epistémicas de los paradigmas y los métodos que lo componen.

Este cambio de esencia supone la liberación de prejuicios y posturas pretenciosas de un lenguaje purificado por la “verdad” objetivadora de las ciencias naturales. Entendiendo que el lenguaje se desdobra en la expresión de la veridicción, la ficción, lo posible, creíble y demostrable desde distintos ámbitos; el ámbito de la naturaleza y el ámbito de lo imaginario. En este último ámbito, la razón objetiva es solo una posibilidad de construcción de una lógica, pero no el fin determinante de las argumentaciones científicas, dado que las explicaciones de la acción del mito, por ejemplo, sobre la acción social del sujeto escapa a la intolerancia demostrativa de las ciencias naturales.

En cuanto a los estados de conciencia transformadores de la episteme, se va más allá de las acciones del bien o del mal refrendadas en los juicios ético-morales del pensamiento ilustrado acerca del comportamiento de las ciencias frente al dogma religioso, o a las ideas propias que revolucionaron los procesos de cambio social en lo político, económico y cultural, antes durante y después del reconocimiento de la historia como el gran marco de una obra universal que exhibe los conjuntos y las individualidades de los hombres y las épocas. Un estado de conciencia histórica entonces permite reconocer la realidad y permite acceder a ella, a partir del contexto del conjunto, de la recuperación de los nexos históricos, socioculturales, filosóficos y estéticos, a partir de los cuales se pone en duda la noción de sentido unidireccional de las cosas y se experimenta la distorsión de la visión sobre el objeto y los mismos sujetos.

La conciencia histórica impulsada por el pensamiento de la Ilustración fija, con respecto a la tradición clásica griega y latina, un antes y un después en la recepción, aceptación y difusión de la ciencia concebida como un todo conceptual teórico y práctico en el que se resume, sin ánimo de ser simplistas, la idea de conocimiento del universo físico y metafísico, como estimulante recíproco entre la filosofía y la física, por ejemplo, para la producción de ideas y la institucionalización de acuerdos con base en estructuras y patrones sobre la dinámica propia de los fenómenos internos al sujeto, en la composición del entorno social y aparentemente externos a él, -al sujeto- en la composición del mundo natural.

En este sentido, la dinámica cultural en la que el sujeto se encuentra inmerso está demarcada, primero, por las posiciones asumidas ante fenómenos y situaciones que impulsan cambios trascendentes sobre la noción de conjunto; segundo, la velocidad con la cual se gestan y se asumen estos cambios; tercero, los momentos en los cuales las perspectivas en torno al cambio, se invierten y orientan la mirada hacia el horizonte de lo posible creíble y lo posible comprobable, bajo lógicas propias asociadas a los acontecimientos, más que a posturas deterministas.

La propia idea sobre la definición del sujeto, la postura entre objeto y sujeto en la fundamentación objetivista de la ciencia entre el positivismo y la sociología, se ha visto modificada dado el cambio conceptual de los postulados de cientificidad sobre los que se argumenta la utilización de un método y múltiples metodologías, en un proceso de reconocimiento científico de la acción humana y el fenómeno natural. Asimismo, la idea de conjunto, traída desde el lenguaje matemático como reunión de elementos con propiedades comunes, se asume también como agrupación de las diferencias produciendo efectos significativos según el contexto.

Son precisamente las diferencias las que, en palabras de Rigoberto Lanz (1992) han puesto en juego el sentido del quehacer científico. Para bien o para mal, dependiendo de las posturas e imposturas de quien mira la ciencia desde la vertiente positivista, o bebe de los arroyos de las ciencias sociales, este quehacer científico ha sido alcanzado por la crisis de pensamiento propia de los estados convulsivos de la Modernidad, y todas sus transiciones historicistas.

Esta crisis, como juicio de valor dirigido a las estructuras edificantes de la epistemología, tanto de las ciencias llamadas duras o principales, como de las ciencias sociales en las que se sostiene el aparato sociohistórico, político, artístico y cultural, cuestiona abiertamente la decadencia de la racionalidad ilustrada que contraría los embates de la realidad social, entendiendo que las políticas sobre el hecho científico, preceptos, procedimientos y divulgación suelen estar, en ocasiones y por ello la crisis, muy distantes del principio de la ciencia en tanto saber múltiple y diverso. Saber alimentado por la curiosidad, el ingenio y la duda de quienes se detienen a observar en busca del sentido de las cosas, justo en el hiato histórico de lo científico y lo humanista.

La crisis de principios se fundamenta en el dilema de las instituciones científicas acerca de los caminos que los científicos y los mismos filósofos deben transitar una vez que los procesos de falsación irrumpen en el canon cientificista, ante las imposiciones del sentido común de las teorías y leyes, que sin temor a errar satisfacen el movimiento de los engranajes y estructuras de pensamiento institucionalizadas; mismas teorías y leyes que pretenden ir sobre las nuevas perspectivas en torno a la cuántica: física y mecánica, también en torno a la metafísica, al cuerpo del sujeto y de la sociedad, por ejemplo.

Antes de la fundamentación crítica en la *Lógica de la investigación científica* de Karl Popper en su primera aproximación en 1934 y, posteriormente en 1959, acerca de refutar todo aquello que se asume como ley, pensadores, en el extenso sentido de la palabra, como Galileo, Newton, Einstein viraron el curso del timón de la ciencia, apoyados en el lenguaje matemático, hacia las corrientes de la incertidumbre, tal y como lo vemos hoy, de acuerdo a su momento histórico y capacidades tecnológicas, iniciando con ello lo que en los años sesenta del siglo XX, Thomas Kuhn (1962) acuñó como *revoluciones científicas*. Es decir, metafóricamente, las ideas de estos pensadores, y de otros tantos, se presentaron como un sismo de alta magnitud, alterando el equilibrio de los diálogos experimentales entre las ciencias amparadas en el dogmatismo positivista y las ciencias sociales efervescentes junto a los procesos de cambio político y económico, en el curso de la Modernidad, principalmente desde el siglo XVIII, hasta entrado el siglo XXI.

Los cambios de perspectiva, la búsqueda de nuevas esencias en lo más profundo de las ideas, sumada la necesidad de dar respuesta, a más y más preguntas conforme a la evolución indetenible de la naturaleza y de la propia sensibilidad del sujeto, procuran un cuestionamiento, como refiere Prigogine (1996), acerca de “la dimensión narrativa de la naturaleza” (p.94), por ende, un cuestionamiento acerca de los marcos conceptuales de “las realizaciones científicas”(Kuhn, 1962 p.80), o paradigmas en un presente socialmente oscilatorio.



Cambiar de paradigma, o al menos ponerlo en crisis, sostener las ideas que procuren una revolución científica, es aguzar los sentidos, una vez más alrededor de la idea del tiempo, transversal a todos los campos dimensionales de la filosofía de la ciencia. El tiempo y su fundamentación ontológica, dogmática, filosófica y científica, atribuyen a la realidad un carácter evolutivo que parte de la ilusión, en tanto ironía de los sentidos, hasta la colisión de las paradojas, como modos de comunicación de ideas que buscan ser autónomas sin escapar a la complejidad disciplinaria de lo científico-social. Al menos, es en este sentido como se destaca la noción de tiempo, seguida por Prigogine, como una flecha que atraviesa el espacio tocando todos los puntos a su alcance, en movimiento perpetuo hacia un infinito de posibilidades y no de certidumbres.

Dice Prigogine (1996) “nuestro mundo presenta interacciones persistentes”(p.82), que no están limitadas estrictamente a las parcelas de conocimiento atribuibles a cada disciplina de la ciencia. Las dinámicas de la naturaleza, lo ha demostrado la propia ciencia física y la biología, interfieren de modo positivo, o negativo, en la consustanciación de la experiencia histórica efectual del sujeto (Gadamer, 2003); más allá de la muerte de Dios, o de los fines de la historia, o del hombre, “la realidad del devenir es la condición de nuestro diálogo con la naturaleza”(Prigogine 1996 p.110). Diálogo sobrevenido de las expresiones inestables que procuran cambios en el posicionamiento del sujeto en el mundo, trascendente de las representaciones objetivadas, pues no escapan de la existencia también subjetiva de lo humano.

Alejado del equilibrio el tiempo no se expone en conceptos deterministas, la inteligibilidad sobre él requiere de libertad al aceptar que “lo posible es más rico que lo real” (Prigogine 1996 p.41), siendo que la flecha del tiempo atraviesa toda dimensión, al punto que es capaz de mostrar, según la postura del observador, a los grandes monstruos intimidadores de la ciencia, y a su vez mostrar las nuevas propiedades de la materia en multiplicidad de formas fuera del equilibrio.

Las puntualizaciones que desde la ciencia física hace Prigogine en *El fin de las certidumbres* (1996), proponen fijar atención sobre el carácter evolutivo de la realidad, a partir de la perspectiva de un observador que, desde su presente histórico, se dirige al pasado y al futuro en busca de la coherencia en el flujo de lo colectivo, referente a los fenómenos físicos de la mecánica cuántica y la termodinámica, equiparable al propio flujo de lo colectivo, a las dinámicas lo social y cultural.

El tiempo es universal, es una afirmación que desde la reflexión agustiniana y mucho antes desde los presupuestos presocráticos y luego platónicos, aristotélicos, marca la pauta en el diálogo con la naturaleza y desde luego en el devenir, en el llegar a ser, algo, un trazo sobre la materia o una condición reversible o irreversible en la dinámica entrópica de los fenómenos físicos y en los fenómenos socioculturales, pues lo precisable del tiempo, por decirlo de algún modo, es la forma en cómo el sujeto se mueva con él en medio de la relatividad.

La irreversibilidad de la que habla Prigogine (1996) se orienta hacia la disposición de las posibilidades de abordar y comprender uno y diversos fenómenos, a partir de la valoración dinámica de sus condiciones inmanentes en correlación con lo externo circundante, “pero el tiempo no tiene comienzo, ni fin” (p.119), refiriéndose a los postulados cosmológicos; sin embargo, son las indeterminaciones, las posibilidades, lo posible creíble, lo que se propone como formas de comunicación en la dinámica propia del caos; dinámica desde la que se piensan las utopías y las distopías sociales.

Respecto a esto último y en atención a la crisis paradigmática, la percepción del observador científico también se ve afectada, pues debe someterse a un constante ajuste en el enfoque preciso sobre los fenómenos observados, más aun cuando se aborda la interacción entre *universos múltiples* y los valores del viejo paradigma, como menciona Capra (1996). Estos valores, centrados en el hombre como entidad única, a razón de Capra, se hacen a un lado ante la comprensión de lo humano como una *red de interdependencias* (p.33), en la cual el sentido de la vida va un paso más allá de la supervivencia biológica, encaminada a la búsqueda de la perfección, entendiendo ésta como avance y refinamiento del sujeto en el mundo que habita.

Resaltan así, los valores de una ética nueva y necesaria, enraizados en la tierra, justificados en la emergencia de un pensamiento sistémico sobre las bases de una *ecología profunda*, de un todo integrado, interconectado como organismo humano en el que se constatan mente, cuerpo y esencia; por mejor decir, cerebro como universo, cuerpo como materia maleable y sensitiva, esencia como razón y pasión en lógicas intersubjetivas.

Esta ecología profunda argumentada por Capra, se muestra como un estado de conciencia, asumido nuevamente desde la necesidad de la ciencia y sus filósofos por dar golpes de timón acertados en la visión emergente de la complejidad crítica, afirmando una vez más que los procesos devenidos de los fenómenos físicos, químicos, biológicos se trasladan a la dinámica social desde las fisuras, más aún en la actualidad del presente cuando la cartografía mundial es trazada por el poder y la economía, pues permiten la reconfiguración de los distintos mapas del poder mundial: mapas ideológicos, económicos, religiosos, culturales, comunicacionales y geográfico-territoriales, generando más y más mecanismos de consumo, con lo cual el sujeto se deforma y se transforma a la velocidad de la globalización; entendiéndola en sentido amplio, como las diversas transformaciones sociales, políticas, estéticas, económicas, culturales, etc., que, aproximadamente, desde los años sesenta del pasado siglo, se suscitan en el interior de las sociedades capitalistas occidentales, lo que para algunos estudiosos, como Jameson (1989), deviene en sociedad postindustrial, sociedad electrónica, sociedad de consumo e información, sociedad del espectáculo o sociedad de los mass-media.

Asimismo, Capra (1996) señala “en el nuevo pensamiento sistémico, la metáfora del conocimiento como construcción queda reemplazada por la de la red. Al percibir la realidad como una red de relaciones, nuestras descripciones forman también una red interconectada de conceptos y modelos en la que no existen cimientos” (p.59), de esta manera el Universo, por ejemplo, se traduce como un mundo posible cada vez más alejado de la ciencia ficción, cercano a la cotidianidad; así como también la posibilidad de que los desarrollos y consecuencias de la revolución biotecnológica se incrementen como beneficio social, teniendo en cuenta las diferentes políticas con las que se asume la innovación tecnológica, dado el impacto mundial a todo nivel, principalmente en el tratamiento de organismos celulares (Fukuyama, 2008).

Más que buscar en la tecnología y su avance, sinónimos de progreso como hasta ahora se ha planteado, la teoría de los sistemas presentada por Capra procura el aumento del bienestar humano, de la organización de lo vivo, siguiendo los fundamentos de la interacción como lo plantean Maturana y Varela, en los años setenta del siglo XX, en el concepto de *autopoiesis*, lo que se interpreta como “*creación de sí mismo*”, acción reflexiva que posee la capacidad de transformarse, de autoconstituirse, el universo la contiene en su totalidad; estado en el que la percepción y la cognición sobrepasan los esquemas estructurales para establecer patrones a la medida de los organismos que integran un conjunto organizado en contextos particulares, mismos que son estimulados por la entropía en el devenir, tanto de los organismos naturales como de los sujetos, socialmente hablando.



Las lecturas del mundo, lecturas posibles y necesarias sobre la organización de la vida como la (des)conocemos, siguiendo a Capra; lecturas comunicables a través de la medición de mecanismos que sostienen la irreversibilidad y el flujo o detención del tiempo, como señala Prigogine, permite seguir con la mirada, el curso infinito de la flecha del tiempo sobre un horizonte que abarca y encierra todo lo que hasta ahora es visible, con o sin el lente de un microscopio, con o sin los prejuicios acerca de una conciencia histórica fundada en las necesidades del conocimiento y desde luego en el devenir del sujeto de la complejidad, del sujeto que, como apunta Lanz, se cuestiona la posibilidad de vivir, o no, sin paradigmas, entre los confines de la certidumbre y la trama de la vida.

REFERENCIAS

- Capra, F. (1996). La trama de la vida. Una nueva perspectiva de los sistemas vivos. Barcelona: Anagrama.
- Fukuyama, F. (2008). El fin del hombre, consecuencias de la revolución biotecnológica. Barcelona: Zeta.
- Gadamer, H.G (2003). Verdad y Método (1). Barcelona: Sígueme.
- Jameson, F. (1989). Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico. Madrid: Visor.
- Kuhn, T. (1962). Estructura de las revoluciones científicas. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lanz, R. (1992). El pensamiento social hoy. Crítica a la razón académica. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.
- Popper, K. (1959). Lógica de la investigación científica. México: Tecnos.
- Prigogine, I. (1996). El fin de las certidumbres. Madrid: Tusquets.

Como citar este artículo:

Márquez V. Vanessa A. (2017). Del fin de las certidumbres a la posibilidad de la trama. Aprendizaje Digital, Vol 2 N° 2, pp. 17 - 22.